El jíbaro bajo el microscopio: el cuadro de costumbres del campesinado puertorriqueño en la novela *La charca de* Manuel Zeno Gandía

Michael Aronna[*]

Resumen
La charca, la novela naturalista escrita en 1894 por el literato, historiador, antropólogo, político, y, de suma importancia para el contexto de este estudio, médico puertorriqueño, Manuel Zeno Gandía, abarca una gama contradictoria de discursos morales, económicos, políticos, científicos y estéticos sobre el campesinado puertorriqueño al final del siglo XIX. La tensión y bifurcación discursivas de este examen de los jíbaros o campesinos puertorriqueños, surge de una conciencia anti-colonial por parte de Zeno Gandía, la que lejos de señalar una aproximación positivista monolítica a las condiciones sociales de la colonia, subraya un entendimiento rigurosamente "científico" matizado por una preocupación nacionalista por codificar la vida cotidiana del campesinado puertorriqueño. Específicamente, observamos en *La charca* un conflicto conceptual y metodológico entre el estudio médico de la constitución anatómica y mental del jíbaro por un lado, y la documentación interesada de las costumbres y cultura jíbaras por otro. En breve, lo que se deslumbra en *La charca* es la intersección contestada entre un diagnóstico nacional pesimista y un cuadro de costumbres entusiásticamente detallado.
Palabras-clave: Manoel Zeno Gandía; Medicina en Puerto Rico.

The *jíbaro* under the microscope: The literary, social and medical examination of the customs of the Puerto Rican peasantry in the novel *La charca* by Manuel Zeno Gandía

Abstract
La charca (The Waterhole), the naturalist novel written in 1894 by the Puerto Rican novelist, historian, anthropologist, politician, and most significantly in the context of this study, physician, comprises a contradictory range of moral, economic, political, scientific and aesthetic discourses about the Puerto Rican peasantry at the end of the nineteenth century. The discursive tension and bifurcation of this examination of the *jíbaro* or Puerto Rican peasant springs from an anti-colonial consciousness on the part of Zeno Gandía which far from signaling a monolithic positivist approximation of the social conditions of the colony, underlines a rigorously "scientific" understanding mediated by a nationalist concern for the codification of the daily life of the Puerto Rican peasantry. Specifically, we observe in *La charca* a conceptual and methodological conflict between the medical study of the anatomical and physical health of the *jíbaro* on the one hand, and the purposeful documentation of *jíbaro* customs and culture on the other. In short, what stands out in *La charca* is the contested intersection between a pessimistic national diagnosis and an enthusiastic study of national customs and culture.
Keywords: Manuel Zeno Gandía; Puerto Rico's public health.

La charca, la novela naturalista escrita en 1894 por el literato, historiador, antropólogo, político, y, de suma importancia para el contexto de este estudio, médico puertorriqueño, Manuel Zeno Gandía, abarca una gama contradictoria de discursos morales, económicos, políticos, científicos y estéticos sobre el campesinado puertorriqueño al final del siglo XIX. La tensión y bifurcación discursivas de este examen de los jíbaros o campesinos puertorriqueños, surge de una conciencia anti-colonial por parte de Zeno Gandía, la que lejos de señalar una aproximación positivista monolítica a las condiciones sociales de la colonia, subraya un entendimiento rigurosamente "científico" matizado por una preocupación nacionalista por codificar la vida cotidiana del campesinado puertorriqueño. Específicamente, observamos en *La charca* un conflicto conceptual y metodológico entre el estudio médico de la constitución anatómica y mental del jíbaro por un lado, y la documentación interesada de las costumbres y cultura jíbaras por otro. En breve, lo que se deslumbra en *La charca* es la intersección contestada entre un diagnóstico nacional pesimista y un cuadro de costumbres entusiásticamente detallado.

Lo que nos interesa trazar en nuestro estudio de la novela es esta tensión entre un instrumento del imperialismo occidental moderno, el discurso científico-médico, y una retórica anti-colonial emergente que también se nutre de los discursos de la modernidad occidental.

Sin embargo, para mejor explorar la concurrencia

[*] Endereço para correspondência:
Vassar College, Box 202 – 124 Raymond Avenue – Poughkeepsie, NY 12604 – USA
E-mail: miaronna@vassar.edu

entre el discurso médico y la recopliación costumbrista vigente en la novela, intentaré esbozar los contornos históricos y epistemológicos que moldean su interacción. Aunque es difícil de precisar con exactitud, las referencias históricas del texto a la revolución de septiembre, el conocido movimiento repúblicano del Grito de Lares de 1868, ubican la acción de *La charca* en los años posteriores a éste cuando los liberales puertorriqueños se frustraban con el estancamiento político y económico de la relación colonial con España. Impacientes con la falta de progreso en el plano político tanto como en el económico, la elite terrateniente liberal proyectaba un nuevo bloque hegemónico con el campesinado puertorriqueño para una futura república independiente (Nouzeilles, 1997, p. 94).

La posición indispensable del jíbaro puertorriqueño dentro de este nuevo y emergente contrato social con la clase terrateniente se vinculaba con la centralidad del campesinado como mano de obra en el sector agrícola de la industria cafetalera. Este sector de la economía colonial de la isla expandió drásticamente a partir de 1870, pero ya en 1849 se dieron intentos de formar, incrementar, y disciplinar una mano de obra estable a través de leyes que afectaron la movilidad, la autonomía y las obligaciones de servicio de las distintas e interrelacionadas categorías del campesinado puertorriqueño (Bergad, 1983, p. 61). Con la paulatina, y luego intensificada concentración de las tierras cafetaleras, los *agregados* o campesinos sin tierra, y los *jornaleros*, los agricultores asalariados y endeudados, se encontraron más atados y obligados al cafetalista local. En los términos sociales del trabajo, el jíbaro ha designado al pequeño agricultor independiente, una figura cuya conversión en mito nacional ha llegado a sustituirse por la complejidad social y étnica entre los campesinos puertorriqueños del siglo XIX. Con la autonomía de subsistencia proporcionada por su minifundia, el jíbaro independiente e "indisciplinado" planteaba un obstáculo para la expansión de una industria cafetalera modernizada. Por lo tanto, para la elite terrateniente liberal puertorriqueña del final del siglo XIX, el estudio exhaustivo del jíbaro, de su carácter, su fisonomía y de su cultura en su totalidad, fue el punto de partida para su programa de modernización económica e independencia nacional.

En su novela *La charca*, Zeno Gandía puso al jíbaro puertorriqueño debajo del microscopio del análisis clínico dominante en la época. A través del protagonista central de Juan de Salto, un propietario liberal, científico y modernizante, Zeno Gandía expresó un emergente discurso social basado en el concepto de la salud pública, un discurso que también articuló detalladamente en sus manuales clínicos titulados *Influencia del clima en las enfermedades del hombre* (1873) e *Higiene de la infancia* (1887). Siempre tratando de disciplinar, educar y entender a sus obreros, el propietario Juan de Salto lamenta la flojera, la debilidad e inmoralidad de los campesinos que trabajan en su cafetal. Juan impugna el origen del estado patológico de su mano de obra al cruce racial entre la indígena y el español en una conversación con el sacerdote local, el Padre Esteban:

> *La hembra aborigen fue el pasto; su gentileza bravía, el único manjar genésico, el único fecundo claustro en donde se formó la nueva generación. Esa mezcla fue prolífica, ¡pero a qué precio! El tipo laborioso de la selva cedió energía física; el tipo gallardo y lozano que pisó el lampo de occidente, cedió robustez y pujanza. De esta suerte, el compuesto nacido, el tipo derivado, resultó físicamente inferior; organización deprimida, que había de ser abandonada al discurrir de los siglos.* (Zeno Gandía, 1996, p. 55)

Así siguiendo el pensamiento pesimista del darwinismo social de figuras europeas como Gustave le Bon quien teorizó sobre las supuestas deficiencias de las razas "híbridas"en su *Psychologie des foules* (1895), Zeno Gandía afirma que las deficiencias físicas, morales y laborales del jíbaro son de origen congénito, y por lo tanto irreversibles. Dicha condena clínica de las razas mestizas también se repitió en América Latina durante el fin de siglo en varios ensayos sobre el presunto carácter nacional. Dos ejemplos representativos entre muchos son *Nuestra América* (1903) del argentino Carlos Octavio Bunge y *Pueblo enfermo* (1909) del boliviano Alcides Arguedas. Apropiando este discurso de autoridad científica, *La charca* nos presenta una serie de personajes jíbaros propensos a la pereza, la enfermedad y el vicio. Un personaje que se destaca como un caso clínico es Marcelo. Un campesino débil e inútil, Marcelo sufre de una condición nerviosa y carece de voluntad energética y moral. Este carácter de letargo físico, cognitivo y espiritual se aproxima a la condición patológica de la abulia, una supuesta enfermedad mental frecuentemente atribuida a las mujeres, las razas no blancas, e individuos clasificados como "promiscuos" al final del siglo XIX. Además, esta condición de patología individual también se empleaba como metáfora nacional en esta época para explicar la debilidad política y económica como es el caso en el *Idearium español* (1897) del autor granadino Angel Ganivet, quien hablaba de abulia nacional en España (Aronna, 1999, p. 70-75).

Por lo tanto, la presunta inferioridad racial y la abulia de Marcelo le hacen vulnerable al vicio, en su caso el alcohol. Esta debilidad morfológica y mental también le dejan indefenso frente a las depredaciones sociales de los propietarios corruptos de la colonia tanto como a las luchas desesperadas de supervivencia entre los campesinos. Si nos fijamos en la siguiente descripción de Marcelo, se desprenderá la función complementaria entre el discurso de la degeneración física en el campo

médico, y los discursos filosóficos del idealismo alemán de figuras como Kant, Hegel y Schopenhauer sobre las deficiencias de la voluntad y raciocino en las razas africanas, indígenas e híbridas (Aronna, 1999, p. 12-18):

> *La tensión nerviosa le poseía por completo desde el más diminutivo músculo hasta la cuenca sagrada donde, rey orgánico, señorea el celebro. El músculo temblaba y el celebro, sin la reacción enérgica del raciocino, se rendía con desvanecimientos de beodo y debilidades de moribundo. Marcelo, empujado por la emoción sobre la enfermedad, se tambaleaba en desequilibrio; era un haz de nervios retorcido por la neurosis; era amoldable levadura, fácil lo mismo para el bien que para el mal.* (Zeno Gandía, 1996, p. 34)

Aunque Marcelo no figura entre los personajes malos de la novela como Galante, el propietario español predatorio, o Gaspar, el jíbaro avaro y homicida, Marcelo es indicativo de la masa jíbara vulnerable por su genética y su falta de voluntad. Así Marcelo se encuentra testigo histérico en el complot de Gaspar y Deblás de matar a Andújar, el tendero español corrupto, una situación que lo inquieta hasta enfermarse. Luego, cuando logra aliviar su conciencia del complot en contra del tendero, asesina a su querido hermano Ciro, el jíbaro bueno de la novela, en un estado de borrachera desenfrenada, y termina por morir en la cárcel, de un ataque de nervios.

Sin embargo, el personaje principal entre los campesinos es la joven, bella y epiléptica Silvina, el abusado objeto de deseo entre las clases altas y populares del pueblo de Vegaplana. Cuando se convierte en madre, Silvina, siguiendo el ejemplo negativo de su madre, Leandra, figura como el centro de la reproducción de la raza y la mano de obra puertorriqueñas. Como Benigno Trigo ha señalado, Silvina es emblemática de la precoz y enervada madre campesina que Zeno quería sanar y disciplinar en su posición en el Departamento de Salud Marítima en Ponce y a través de sus manuales sobre la higiene y la infancia (Zeno Gandía, 1996, p. 106). La historia de su vida de miseria y hambre abre y cierra la novela, una cohesión formal que subraya que el sujeto social central de la novela es la clase jíbara, y no la clase terrateniente del protagonista Juan de Salto. A los trece años Silvina es obligada por su madre Leandra, la concubina del propietario Galante, a casarse con Gaspar, el jíbaro bárbaro de la novela y el secuaz de Galante. Este matrimonio forzado no solamente rompe la relación amorosa natural y socialmente deseable entre Silvina y el joven campesino bueno, Ciro, sino que conduce a la infamia de que Gaspar le fuerza a Silvina a acostarse con su patrón Galante, en plena vista de su madre Leandra quien no se opone por miedo del abandono y el hambre. Además de esta relación incestuosa malsana, Gaspar involucra por fuerza a la joven en su complot de robar y matar al tendero Andújar.

Esta acumulación de desdichas le cae en una joven de bella, pero frágil constitución. Una víctima de la desnutrición, la ausencia de condiciones sanitarias, la falta de una familia que la apoye y la epilepsia, Silvina no tiene más remedio que ceder a las demandas injustas de su madre y esposo. El abuso social e inmoral de Silvina, al lado de su condición física precaria, son para Zeno Gandía el producto sobredeterminado del mestizaje racial en el contexto del subdesarrollo económico y la injusticia social de la colonia. En este sentido es importante subrayar que el escenario del abuso de Silvina es la vida íntima, y que los agentes inmediatos de su miseria son hombres abusivos como Galante, Gaspar e Inés Mercante. De esta forma la novela establece una comparación implícita entre el despotismo machista en las relaciones entre los sexos en el plano personal, con el control restrictivo y el empobrecimiento de la colonia de Puerto Rico por parte de España en el plano nacional (Casanova, 1992, p. 79). Además, para Zeno Gandía este abuso tiene graves consecuencias para el pueblo y la futura república puertorriqueños en la medida que Silvina se encuentra convertida en madre a pesar de su extrema juventud y su debilidad física. En una conversación animada entre el triunvirato ideológico de la novela, el propietario Juan de Salto, el doctor Pintado y el Padre Esteban, el doctor Pintado subraya el daño infligido en la nación por la maternidad malsana de Silvina:

> *La vida genésica prematura hería de muerte a la especie; la precocidad concupiscente la inflamaba, la deprimía, diluyendo para el prole gérmenes de miseria física. Añadió que el útero era órgano sagrado, órgano que la Naturaleza bendijo para que sirviera de piadoso claustro a la vida. Estrujarle, retorcerle, lanzarle a la actividad funcional exigiéndole una labor prematura era horrible [...]. Aquello mataba los individuos, extenuando las familias; aquello poblaba el mundo de locos, de seres cerebralmente deprimidos.* (Zeno Gandía, 1996, p. 214)

Es importante notar, como nos indica Silvia Alvarez Curbelo, la semejanza entre la patología de Silvina, un personaje literario, y la descripción casi coetánea de la jíbara del historiador puertorriqueño Salvador Brau, quien en su ensayo *La Campesina* de 1886 diagnosticó a la mujer rural como la síntesis de la desnutrición, la suciedad y la voluptuosidad que tanto aquejaba la colonia e impedía su transición a la independencia (Alvarez Curbelo, 1999, p. 322).

Pero aún dentro de los confines de esta óptica clínica, el fatalismo genético del diagnóstico de Juan, el doctor Pintado y el Padre Esteban se contradice a

menudo. Particularmente en el análisis social de Juan, un factor determinante en la condición enferma de la comunidad jíbara es el hambre. A lo largo de la novela, o el narrador o los personajes jíbaros describen o justifican sus acciones en términos del miedo del hambre. En el plano económico, Juan se da cuenta de que no se le puede esperar un trabajo riguroso de una mano de obra que se nutre de un diluido salcocho de plátanos. En la esfera de la familia conyugal, la base de una nación puertorriqueña potencial, la predominancia de relaciones de concubinato transitorio y la falta de matrimonios estables entre el campesinado, como los múltiples compañeros de Leandra y su hija Silvina indican, se atribuye al hambre. Por no poder apoyar a una familia los hombres no se casan; para escapar un hambre inmediata y peligrosa las mujeres entran en relaciones ilícitas sin expectativas de apoyo de larga duración para ellas mismas o su progenie.

En *La charca*, los niños sufren las consecuencias del hambre endémico del campo puertorriqueño al final del siglo XIX que los hacía vulnerables al tuberculosis y otras enfermedades oportunistas. El hijo de Leandra, Pequenín, llora de hambre cada vez que aparece en la narrativa, sin embargo es el nieto de Marta, la vieja campesina avara de monedas, quien representa la presencia amenazadora del hambre entre los niños de la comunidad. Este niño sin nombre literalmente se demacra a través de la novela y al final muere de hambre y anemia. Demasiado tarde los vecinos de Marta acuden al doctor Pintado para socorrer al joven, pero como el narrador dice, no se trata de enfermedad, sino de hambre: "Dio algunos consejos. Que cuidara al infeliz enfermo: era hambre, debilidad antigua, lo que tenía" (Zeno Gandía, 1996, p. 210). "Lo que tenía" este personaje infantil también se parece mucho a la epidemia documentada de uncinariasis o anemia, una enfermedad provocada por un gusano parasítico microscópico. Esta enfermedad diezmaba la población rural de Puerto Rico al final del siglo XIX con una tasa de mortalidad que subió hasta 90% hasta que fue descubierta por el médico estadounidense Bailey K. Ashford en 1899 (Feliú, 2002, p. 154). En este sentido es importante subrayar que el discurso de Zeno Gandía sobre la supuesta enfermedad social de la colonia de Puerto Rico no solamente fue una metáfora racista pseudo-científica para explicar el subdesarrollo colonial, sino que también salió de la observación empírica de enfermedades reales de la pobreza, la desnutrición y el medioambiente.

En el contexto de *La charca*, la confusión o combinación del hambre y la anemia se reduce a la primera. Es decir, mientras la causalidad racial de la supuesta enfermedad congénita del jíbaro no se presta a remedios de reforma médica, sanitaria y nutritiva, Zeno Gandía propone la cuestión del hambre como un mal que se abarca a través de programas de nutrición y higiene. Aún dentro de aparente pesimismo, Juan expresa la posibilidad utópica de solucionar este problema nacional:

> *– Sí – decía – si ese estómago social se nutriera, la raza mejoraría, las futuras generaciones fueran sanas y robustas, y sobre el restaurado organismo de las nuevas generaciones, vendrían las conquistas de la civilización, de la cultura, de la moral, del progreso; ¡vida, mucha vida! Corrientes expansivas; energía en los dogmas higiénicos y áulicos; no pedir a ese pobre el diezmo tributario, la limosna del hambriento, sino darle pan gratuito antes que mísero...: ¡calmar el hambre, en fin, de un pueblo opulento!* (Zeno Gandía, 1996, p. 220)

Queda implícito en el texto que esta reforma solo se realiza en el contexto de la emancipación nacional iniciada con el Grito de Lares en 1868. De hecho, a causa de las políticas laborales coloniales y la transición de la minifundia de subsistencia a la hacienda cafetalera, en combinación con la explotación de los comerciantes españoles, las condiciones materiales del campesinado puertorriqueño empeoraron en proporción a su dependencia en un sistema laboral injusto (Casanova, 1992, p. 88). Así después de su sermón sobre la necesidad urgente de alimentar al pueblo el narrador nos informa que "Los tres amigos estaban saturados de los grandes alientos de la revolución de septiembre. El sacudimiento que llevaba a la nación a las grandezas de lo porvenir, les había inspirado la reforma..." (Zeno Gandía, 1996, p. 221).

Sin embargo la semántica discursiva de *La charca* no se limita al punto de vista reformador de estos personajes liberales de la burguesía puertorriqueña, ni se reduce a un diagnóstico médico estatal de mejora a través de la higiene social y la disciplina del trabajo. Los personajes aparentemente progresistas de la elite, el propietario Juan de Salto, el doctor Pintado y el Padre Esteban también resultan hipócritas y egoistas. Discursan de forma rimbombante sobre la pauperización del pueblo desde banquetes opulentos donde se intercalan alabanzas al vino y los manjares entre chistes y comentarios sobre el hambre. Estos personajes iluminados que hablan mucho sobre su misión de salvar al pueblo no se demuestran preparados para el esfuerzo ni el riesgo personal que tal compromiso indicaría. Particularmente Juan de Salto, quien reflexiona y predica a lo largo de la novela sobre el deber de su clase, se niega a comprometerse en algo que pueda afectar la rentabilidad de su hacienda y la financiación de los estudios de su hijo Jacobo que asiste a la universidad en Madrid. De hecho, Marcelo, el infeliz y neurótico jíbaro de la comarca se manifiesta más valiente y justiciero cuando denuncia, a tremendo riesgo personal, el asesinato de Gines, un pequeño propietario local a manos de Galante, el hacendado español malévolo. Juan

le recomienda que se olvide del asunto, y es lo que el propietario liberal hace. Al final de obra la inacción y ausencia de la elite se concretiza en el abandono de la isla por parte de Juan cuando se escapa de la situación para visitar a su hijo en España, una ausencia que permite a la novela volver a su sujeto campesina principal, Silvina.

Las trayectorias trágicas de la vida de los campesinos Silvina y Marcelo se derivan de una subjetividad interior desarrollada. La novela les asigna la legitimidad social y literaria de constituir personajes complejos que resisten las condiciones de su sociedad colonial enferma. A pesar de toda su desgracia, Silvina y Marcelo mantienen una especie de lo que Olga Casanova ha caracterizado como "libertad interior," es decir una suerte de conformidad emocional consigo mismos (Casanova, 1992, p. 75). Esta agencia potencial por parte de la caracterización del campesinado también se convierte en heroísmo en la trama de la obra cuando un campesino arriesga la vida para salvar a un niño de las aguas turbulentas de un río después de una tormenta. Juan de Salto es el observador pasivo de esta escena de socorro desde la base social y el mismo reflexiona que "Aquello había sido un rayo de luz en la noche de su pesimismo, una flor nacida entre las aguas, un ágata en un pantano" (Zeno Gandía, 1996, p. 132). La agencia literaria y social del campesinado puertorriqueño de *La charca* se sitúa en el contexto de una comunidad jíbara afligida por la pobreza por un lado, a la vez que se manifiesta dinámica en su interacción socio-cultural por otro. Mientras los personajes de la elite son viudos y solterones sin vínculos sociales inmediatos, los personajes jíbaros se reúnen informal y formalmente a lo largo de la novela. En este sentido el cuadro de costumbres detallado de la vida campesina, particularmente la descripciones de la música, el baile, la cosecha de café, y la plática diaria de los campesinos contradicen la tesis de Juan de Salto sobre la enfermedad de este pueblo.

De esta forma, *La charca* es indicativa de otros discursos y textos latinoamericanos anti-coloniales que intentaron articular una nueva visión del pueblo basado en el concepto de la regeneración nacional. A la vez que este discurso denuncia el sistema colonial por su injusticia social y económica, también remite a los discursos modernos de la psicología, la evolución y la medicina que conllevaban múltiples componentes racistas y colonizadores. Sin embargo, como vemos en *La charca*, esta negociación textual constituye una etapa inicial de la apropiación latinoamericana de los discursos científicos de la modernidad, dejándonos un legado literario contradictorio y rico.

Referencias

ALVAREZ CURBELO, Silvia. El país de Luís Muñoz Rivera: cuerpo femenino y discurso viril. In: OROVIO, Consuelo Naranjo; SERRANO, Carlos. (Ed.). *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Humanidades, Instituto de Historia, Departamento de Historia de América; Casa Velázquez, 1999.

ARONNA, Michael. *'Pueblos enfermos':* The discourse of illness in the turn-of-the-century Spanish and Latin American essay. Chapel Hill, NC.: University of North Carolina Press, 1999.

BERGAD, Laird. *Coffee and the growth of agrarian capitalism in nineteenth-century Puerto Rico.* Princeton, NJ: Princeton University Press, 1983.

CASANOVA, Olga. *La charca de Manuel Zeno Gandía:* temas y estilo. Río Piedras, Puerto Rico: Mayor, 1992.

FELIÚ, Fernando. Rendering the invisible visible and the visible invisible: The colonizing function of Bailey K. Ashford's Antianemia Campaigns. In: *Foucault and Latin America*: Appropriations and Developments of Discoursive Analysis. New York: Benigno Trigo; London: Routledge, 2002.

NOUZEILLES, Gabriela. La esfinge del monstruo: Modernidad e hygiene racial en la charca de Zeno Gandía. *Latin American Literary Review*, v. 25, n. 50, p. 89-97, jul./dec. 1997.

TRIGO, Benigno. *Subjects of crisis:* Race and gender as disease in Latin America. Hanover, New Hampshire: Wesleyan University Press, 2000.

ZENO GANDÍA, Manuel. *La charca.* Hato Rey, Puerto Rico: Publicaciones Puertorriqueñas, 1996.

Sobre o autor:

Michael Aronna é pesquisador do Departamento de Estudos Hispânicos e diretor de Estudos Latino-Americanos do Vassar Colleger (EUA).